LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547 MADRID

En Barcelona: Kiosco EL SOL, Rambla de las Flores

(FRENTE Á PUERTAFERRISA)

CONSULTA

de médico ex interno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el

606

De cuatro á seis de la tarde, 2,50 pesetas. Especiales, 5 pesetas.

Calle Santa Bárbara, 2

(esquina á Fuencarral, 72)



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDESA DE

VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, 7.—**Madrid.**

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LERIN Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.

Para poder abandonar el perjudicial

VICIO DE FUMAR

y conseguir la completa curación de las

afecciones de las vías respiratorias

tómense las

Pastillas del Dr. Laboschin

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

Dos pesetas caja en todas las buenas farmacias de España.

VILLA QUE SE ARRIENDA

En el paraje más bello del Sardinero, enfrente, sobre y junto al mar libre, en la carretera, é inmediata al ferrocarrilito, á 200 metros del Gran Casino, se cede una villa amueblada, con ropa para todos los servicios, diez camas, seis dormitorios, comedor, vajilla, servicio nuevo de mesa, etc., etcétera, etc ; y por la tercera parte de su precio á causa de tener que ausentarse los actuales arrendatarios. Darán razón en la Administración de EL LIBERAL.

AÑO I. **Madrid, 9 de Septiembre de 1911.** **NÚM. 19**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JOAQUÍN DICENTA
¡Pa mí que nieva!
ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO
Consuelo.
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
Amores célebres.
MIGUEL SAWA
Diálogo de verano.
EL CONFESONARIO
Artículos de PILAR PÉREZ y GUERRERITO
RICARDO F. BLANCO
El pecado de Sor Juana.
GONZALO CANTÓ
Soneto.
CLEMENTE DE CASTRO
La lluvia salvadora.
J. MARTÍNEZ JEREZ
Noches galantes.
F. SERRANO DE LA PEDROSA
Rapada.
JOSÉ JUAN CADENAS
La Valentina.
UNA CARTA DE LA «GOYA»
CYRANO, FRESNO, ROBLEDANO Y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Nieves Gil, Pilar Pérez, Antonio Viérgol, Guerrerito. Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.



NIEVES GIL

Gentilísima artista española, «retirada» actualmente de las tablas.



«NI SON TODAS LAS QUE ESTÁN,
NI ESTÁN TODAS LAS QUE SON»,
Ó DON TORIBIO LECHÓN
Y LA DIONISIA GALÁN.

«Dionisia Galán Jiménez deambulaba por la plaza del Progreso en busca de aventuras fáciles. Un agente, Toribio Lechón Bravo, opuso no sabemos qué obstáculos á la mujer galante, que, bastante disgustada porque le impedían continuar su ronda, se abalanzó sobre el agente y le mordió en la mano derecha.»

—¿Qué horas son éstas de andar por esos mundos de Dios, pendoneando?

—Las dos creo que acaban de dar.

—Como si fuesen las tres. ¡Echa *p'alante!*

—¡Rediós! ¡Ni que fuera usté «el Inglés», que no nos dejaba andar por el centro! ¡Pa mí qu'es ya ganas de jorobar, por mi honor!

—¡En buen lugar se ha ido á alojar el honor!, como dijo *Beaumarchés*.

—No conozco á ese señor. ¿Es el Inglés?

—No, francés.

—¿De la poli?

—No, escritor.

—Mil gracias por el favor.

—Poca guasa y á *agüecar* prontito, ó vas á dormir en la *comi*.

—¿Yo? ¿Y por qué?

—Pues porque no es hora de pendonear.

—¿Es decir, que no se pué trabajar siquiera dende las dos p'arriba?

—¿Quieres andar para tu casa, ó sornar en la *preven*?

—¡Anda, Dios! ¡Sí qu'están güenos ustés los *deteztives* ú los «*Selocomes!*» ¡Ni el Inglés! L'odiábamos, y después nos ha resultao que tós son piores toavía.

—Pues..., jorobarse, y á callar, ó (y con ésta ya van tres) acabas por *pernoztar* en la cárcel medio mes.

—¿Yo, de quincena?

—Eso es.

—Pero, señor de Lechón, ¿qué se les importa á ustés que salga de mi chiscón, y me venga por aquí pa ver si encuentro ocasión de que caiga algún ...

—Sí; ya te comprendo: un cañí.

—¡Ps! No es esa la expresión, dicho sea con perdón; pero, en fin, lo dijo Blas... y está bien.

—Acabarás, con tanta conversación, por ir á la prevención.

—¡Miau!

—¡Mira que te la vas á ganar, por ser pendón!

—Pero, señor de Lechón; ¿no se pué hacer con ustés alguna *combinación?*

—Vente conmigo.

—Después.

—¡Antes!

—¡Perdón!

—No hay perdón. Te vas á mamar un mes, por lo menos, de prisión.

—¿Por qué?

—Por *sobo... rnación.*

—¡Virgen de Consolación! ¡¡Que güelva pronto el Inglés!!

—¿Tú eres Dionisia Galán?

—Sí.

—¿En la «vida»?

—Y de *nación.*

—Pues anda á la prevención; que, según dice el refrán, la máxima ó la canción, «ni son todas las que están, ni están todas las que son».

—(¡Remoño! ¡Qué tío tan!...) Pero, señor de Lechón; ¿se pué saber la razón?

—¡Eso, allí te lo dirán!...

Por la fantasía,

Carlos Miranda.

¡PA MÍ QUE NIEVA!

MIRÁBASE reproducido en el ancho espejo colocado sobre el lujoso tocador de la fonda, y aún dudaba si sería él.

¡Cómo aquel *señor*, que se levantaba de dormir en colchones de seda, aquel hombre de cuarenta y cinco años, vestido por fuera y por dentro como un banquero ó como un príncipe, aquel caballero afeitado, perfumado, estirado, limpio, ¿era él, Pepillo, el Pepillo de antes?... ¡Vaya que no! Seguramente soñaba y no tardaría en despertarle de su sueño la bota de un guardia de Orden público Estaba hecho á semejantes despertadores desde su infancia. Sólo le sorprendía el retraso. ¡A que se habían olvidado de dar cuerda á los despertadores en la prevención del distrito!...

Así discurría Pepe por lo bajo, intercalando su discurso con sonrisas alegres y gestos de satisfacción. A fe que tenía motivos para estar contento. ¡Volver á Madrid al cabo de veintiséis años; instalarse en el hotel de Roma y verse asistido por tres ó cuatro sirvientes que lucían frac, corbata blanca y bota de charol! Coche para el paseo, palco en el teatro y cheques por valor de tres millones en la cartera!... Y no era sueño; era la realidad indiscutible.

¿Cómo el granujilla, el golfo, el vendedor de periódicos, el que tuvo por lecho el quicio de las puertas y los bancos del Prado; el que se lavaba en el pilón de Neptuno y comía en la taberna de *la Liendres*, llegó á tan empingorotada posición social? Pues como ocurren estas cosas. Con ayuda de la suerte, del trabajo, de la intrepidez y de la constancia.

La suerte le condujo á América, á Cuba; de Cuba pasó á California; unióse allí con una banda de mineros, codiciosos de oro y faltos de aprensión; trabajó en la mina; disputó cuerpo á cuerpo su jornal al principio, su hacienda después; gran parte de su oro fué amasado con sangre; pero ¿qué importaba? Rico era y á su España volvía con el rostro tostado por el sol y el viento y el corazón encallecido por la lucha y por la experiencia. Aún no estaba viejo, aún podía disfrutar de su oro... ¡A gozarlo!, ¡qué diablo!... Bastante sufrió de chico en su patria y de mozo en la ajena.

Algunos recuerdos de su aventurero existir hacíanle enarcar las cejas con fruncimiento doloroso. No en balde se mata á un hombre ó se engaña á un amigo. «Pero, ¡qué remedio!, de no haber matado, le hubieran matado á él; de no engañar, hubiera sufrido el engaño. *No se pescan truchas á bragas enjutas*— murmuró Pepe, recordando los refranes de su antiguo idioma truhanesco, y golpeó con la mano su frente para alejar deella los remordimientos, como si los remordimientos fuesen un mosquito para él.

Aquellos recuerdos tristes se retiraron á la primera indicación. Pepe estaba hecho á mandar en su conciencia como en un esclavo, y ésta no se atrevía á replicarle. Se retiraron y en puesto suyo brotó una imagen de la juventud: Manolita. ¿Qué habría sido de aquella golfa, de su compañera, de la primera querida que tuvo?...

Sin poder ni querer evitarlo, evocaba todo el idilio de su miseria. Veía á Manolita, con su cara pálida, sus ojazos negros, sus labios rojos, su cuerpo esbelto y sus quince abriles brillando entre los harapos que la vestían, como una rosa en un tiesto roto; la

NUESTRAS COCOTAS



LOLA FALCÓN

veía recostada en un *esquinazo* de las Cuatro Calles, con la tira de décimos en la mano derecha y gritando con voz chillona: ¡El gordo!... ¡el gordo!... ¡Tómelo usted, *cabayero*! La veía á ella y junto á ella se contemplaba él, con la gorra sobre los ojos, la blusa rota y los pies descalzos, voceando *¡El parcial!, ¡El Liberal!, ¡La Corres!,* y soltando entre pregón y pregón cuatro chicoleos á la moza de sus quereres.

¡Qué guapa era!... ¡Cuántos deseos le inspiraba!... La cosa ocurrió, pues, como tenía que ocurrir... ¿Quien iba á evitarlo?

Una noche, nevaba mucho, mucho, las calles aparecían cubiertas por un barro blanquinoso y frío; los paseos, por una sábana de alabastro; de los árboles colgaban jirones de nieve que parecían pingos recién lavados puestos á secar; el cielo estaba gris. Ni casa, ni pan, ni abrigo... El y Manolita se refugiaron en un portal... Los cuerpos se apretaban inconscientemente uno contra otro, sin más objeto que darse calor; luego, el calor que de los cuerpos de Manolita y Pepe emanaba, ya no fué sólo calor de abrigo, fué un calor suave, dulce, que se metía por sus venas haciendo temblar sus miembros, latir sus corazones, apresurarse sus alientos, secarse sus bocas... Las manos se unieron, los cuerpos se apretaron más, siempre más; las caras, volviéndose como para buscarse, se aproximaron con tímido y sensual balanceo... Un beso unió sus labios y el amor convirtió en sol fundido la nieve de las calles y en la alcoba nupcial el quicio de una puerta.

¡Qué hermosa noche!... ¡La más hermosa de su vida! Fué su primera noche de amante. No. Ni los lechos suntuosos que una vez rico disfrutara, ni sus horas de orgía, ni las mujeres que con su oro compró, ni su oro ni su lujo valían lo que sus harapos de entonces, lo que su pobreza, lo que la hermosa vendedora de décimos, lo que aquella noche sin pan y aquel lecho de nieve... ¿Viviría ella?... ¿Qué sería de ella? Una buena parte de su caudal diera por saberlo...

Y lo supo. ¿Cómo? No viene al caso. Tenía hambre de la noticia y dinero para pagarla; lo supo.

Manolita ya no era Manolita, era Manuela; se enredó con un señorón, la regaló dos hijas y casó con él para legitimarlas. Al presente era rica, viuda, hermosa; sus dos hijas estaban en Francia educándose en un colegio, y ella concurría todas las noches con otras señoras á los Jardines del Buen Retiro por ser verano.

—Pues yo la veo; y la veo esta misma noche, dijo Pepe apenas supo la existencia y costumbres de su antigua querida... Voy á los Jardines, me presento á ella y me proporciono la inmensa satisfacción de saludarla.

Y se vieron y se conocieron luego de quedar profundnmente sorprendidos uno de otro; y al terminar la noche dijo D. José á doña Manuela...¿Me permites que te acompañe?—¿Por qué no?—repuso ésta?—Mi coche espera á la puerta. Acompáñame·

.....

Recostados en los elegantes almohadones del cómodo landó á medio cubrir, iban Manuela y Pepe, Castellana adelante, evocando los días de su juventud y refiriéndose recíprocamente sus aventuras. Un recuerdo, el de su primera noche de amor, revoloteaba por sus cerebros sin atreverse á salir de sus labios... Pepe fué quien dió á la evocación forma hablada.

—¿Te acuerdas?—dijo.—Sí—repuso ella.

Y pasaron algunos segundos; y poco á poco sus cuerpos se apretaron inconscientemente uno contra otro; y sintieron un calor, que no era el calor fatigoso de aquella noche de Agosto, sino un calor suave, dulce, que entraba por sus venas y hacía temblar sus miembros, latir sus corazones, apresurarse sus alientos, secarse sus bocas... Sus manos se juntaron, sus cuerpos se apretaron más, siempre más, volviéronse sus caras, como buscándose, y Pepe, á tiempo que imprimía un peso en los labios de Manolita, murmuró con su antigua voz de granujilla enamorado:

—*¡Pa* mí que nieva!...

Joaquín Dicenta.

CONSUELO

—¿Has visto á la mujer de ojos divinos
que concreta tus altos ideales?...
—La ví del brazo de unos libertinos,
una noche procaz de Carnavales.
—¿Y era una dama de empinado rango?
—Era una humilde y tímida sirvienta...
Y aunque chapoteaba sobre el fango,
tenía una mirada soñolienta...
—¿Y cómo conociste su realeza
de serafín bajado de algún cielo?
—Su frente era nevada de pureza;
llevaba el dulce nombre de Consuelo.
¡Consuelo de mis horas pecadoras
en que mi alma necesita apoyo!...
¡Consuelo de mis más amargas horas,
aquella prostituta del arroyo!...

Andrés González-Blanco

AMORES CÉLEBRES, PUESTOS EN SOLFA

ECO Y NARCISO

Poco hemos de decir acerca del bello y distinguido pastor Narciso Fernández, y de su adorable Eco. Eco nos haremos nosotros de lo que cuenta la Mitología respecto á esta pareja de amantes, y consignaremos brevemente que el bueno de Narciso fué insensible á los tiernos halagos con que le brindaban las ninfas. ¿Sería estúpido? Estas, muchas de las cuales no tenían pizca de vergüenza, le andaban haciendo la rosca; pero el imbécil Narciso las despreciaba profundamente, considerándose mucho más hermoso que todas ellas juntas. ¡Y cuidado que las había de rechupete!...

Una de las mejorcitas era Eco. Eco empezó á dirigir al bello pastor miradas insinuantes; luego á tirarle pellizcos expresivos y, por último, á lanzarle indirectas de este calibre:

—¡Narciso, tu caída de ojos me desequilibra las entrañas! ¡Ámame, Narciso, ámame!

Pero Narciso se hacia el sueco, y cuando más, la decía por toda contestación: —¿Sí, eh? Malegro verte güena.—Y la volvía la espalda, por no decir otra cosa.

Estos desprecios llegaron á desesperar tanto á la ninfa Eco, que se retiró al fondo de los bosques, y sólo habitó cuevas y rocas, en donde, aunque tenía la ventaja de no pagar al casero, vivía refunfuñando, sin más compañía que un grillo, dos cazuelas y un retrato de su Narciso vestido de miliciano nacional.

El amor no correspondido hacia el pastor guapo hizo que se consumiera lentamente la existencia de la ninfa, llegando la pobre á quedarse tan delgaducha que por encima de la bata se la podían contar desde muy lejos las costillas falsas y las cuerdas vocales.

Al fin, murió de pena la desventurada. *Requiescat in pace.*

Narciso, que por cierto había cobrado muy mal concepto entre todos sus conocidos, quienes le apellidaban *Sarasa* y huían de él como del diablo, se paró un día en las orillas de cierto arroyo cristalino, espejo natural en donde pudo verse la figura; y tan precioso se encontró, que se enamoró de sí mismo locamente.

¡Qué cartas amorosas se escribía! Se citaba á sí propio y rara vez faltaba á las citas. Se dedicaba cantares todos los días, se daba serenatas todas las noches, y cuando se quedaba solo, se besaba en donde buenamente podía.

En cierta ocasión riñó consigo mismo por una tontuna, y como en el fondo se amaba muchísimo, adquirió una pasión de ánimo que dió con su personita serrana en mitad de la tumba fría.

¡Vaya por Dios! Sólo nos resta manifestar que los dioses, con todos los cuales se tuteaba Narciso, tuvieron la humorada de convertirle en la flor de su nombre.

También debemos hacer constar que actualmente no le faltan imitadores á Narciso dicho sea sin aludir ni agraviar á nadie.

Juan Pérez Zúñiga.



—Me choca ver á Antúnez en el teatro, porque es un viudo que jamás ha asistido á un estreno.

—¿Ni cuando se casó?

—Ni entonces.

DIÁLOGOS DE VERANO (1)

Salita de recibir, estilo Pompadour, en casa de la marquesa de Monte Hermoso.

LA MARQUESA. *(Casi acostada sobre un diván, abanicándose furiosamente.)*— ¡Oh, hace un calor insoportable!

DON RAIMUNDO. *(Sentado á distancia respetuosa de la marquesa.)* — ¡Insoportable!

M.—¿Y esto durará mucho? ¡Horror, horror!

R.—Yo no sé; pero sé que me ahogo, que no vivo...

M.—¿Quiere usted que le preste mi abanico?

R.—¡Si usted fuera tan amable!

Aproxima su silla al diván y estrecha durante algunos segundos la mano de la de Monte Hermoso; una manita aristocrática, de dedos largos y afilados.

—¿Pero qué quiere usted, mi mano ó mi abanico?

(Sonriendo.) — ¡Perdone usted; me trastorna de tal modo el calor, que no sé lo que me hago!

Se apodera de las manos de la marquesa; el abanico cae al suelo.

MARQUESA.—¡Bueno; ya se cayó el abanico!

RAIMUNDO.—¡Marquesa, es usted encantadora!

M.—¿Qué me cuenta usted? ¿Encantadora? ¡Vaya una noticia! Vengo siéndolo desde hace quince años... ¡Encantadora! Decididamente, es usted un hombre de mucho *chic*, de mucho ingenio... ¡Encantadora! ¡Yo he oído alguna vez esa palabra! No la ha inventado usted en estos momentos, ¿verdad? En fin, yo la he leído en alguna parte. Acaso, acaso... ¡Me suena, me suena esa palabreja! ¡Encantadora!

R. *(Muy contrariado.)*—¡No creo haber dicho ningún disparate!

M.—No.

R.—Pero...

M.—Pero, ¿quién afirma semejante cosa?

R.—¡Parece que está usted burlándose de mí! *(La besa la mano.)*

M. *(Sonriendo.)*—Está visto; con el calor o sabe usted lo que se hace. Le compadezco á usted.

R.—Usted es muy buena.

M.—Y usted muy ingenuo.

(1) Trabajo inédito.



NUESTRA AMIGA DANAE

RAIMUNDO.—El amor, el verdadero amor, no puede expresarse con palabras...

MARQUESA.—Firmado: Alfonso Karr.

R.—Hasta ahora no me había fijado... ¡Qué pies tan bonitos tiene usted!

M. *(Irónicamente.)*—¡Encantadores!

R.—Con su permiso voy á medirlos. A ver, diez centímetros de largo por tres de ancho.

M.—Estése usted quieto. Ciertas licencias sólo pueden permitirse á los zapateros... guapos.

R.— Frase hecha: beso á usted los pies. *(Se los besa.)*

M.— Firmado: Novejarque.

R.—Permítame que rectifique la firma. *(Se los vuelve á besar.)*

M. *(Riendo.)*— ¡No se puede rectificar!

R.—¡Eso es un abuso intolerable! ¡La presidencia no sabe lo que hace! ¡Protesto, protesto y protesto!

Besa varias veces los pies á la marquesa.

M.—Equivoca usted el camino... ¡Queda terminado este incidente!

R.—¡Y sigue el calor!

M.—Desgraciadamente... Abra usted el balcón á ver si la noche nos ha traído algún fresco. ¡Oh, yo estoy sofocada!

R.—Y yo.

M.—No lo extraño, como es usted tan...—no hallo la palabra, ó no quiero emplear la que encuentro—, tan apasionado...

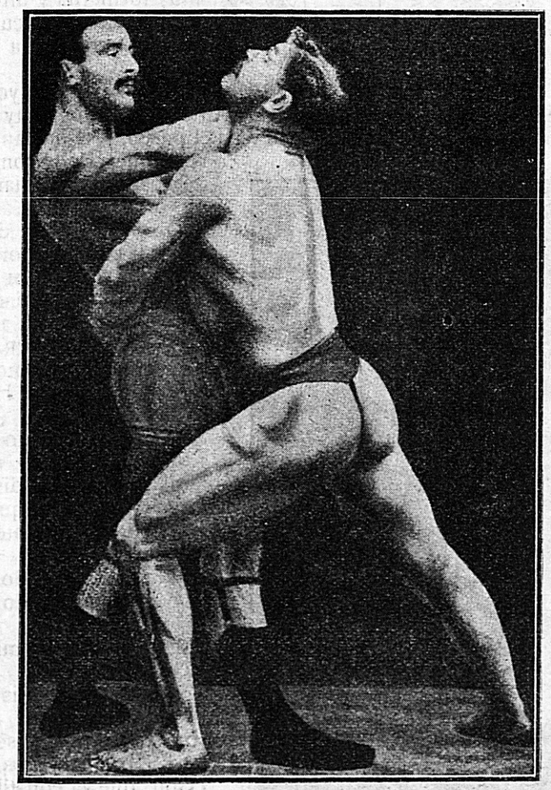
R.—¡Mucho!

M.—Pues coja usted el abanico que está en el suelo y airéese...

R.—¡Pero si me tiene usted sujetas las manos!

M.—Es verdad; tenía usted razón al decir que con este calor no sabe una lo que hace.

R.—¿La abanico á usted?



LAS BUENAS FORMAS

M.—No quisiera molestarle...

R.—¡Pues si yo no deseo otra cosa que molestarme por usted!...

M.—¡Cuidado!... ¡Acaba usted de rozarme la cara con la mano! ¡Le llamo á usted por primera vez al orden!

R.—¿La he hecho á usted daño?

M.—¡Mucho!

R. *(Arrodillándose)*. — ¡Pido á usted perdón de rodillas!

M. — ¡Quietas las manos!

R.— ¡Quietas!

M.—Y la boca.

R.—¡No sea usted cruel!

M.— ¡Y dale! Voy á verme en la triste necesidad de llamar á usted por segunda vez al orden.

R.— ¡Desacato á la presidencia!

M. — ¡Lástima no tener una campanilla á mano para tirársela á la cabeza!

R— ¡Ingratísima!

M.—¡Atrevidísimo! Y con el balcón abierto...

R.—Cerraré.

M.—No, no cierre usted, así será usted más prudente... Voy á solicitar el auxilio de los maceros, digo, de mis criados... ¡Es usted un hombre insoportable, á quien llamo por tercera vez al orden!... ¿Se entera usted? ¡Por tercera y última vez!... Porque esto es un abuso... ¡Vaya un modo que tiene usted de abanicarme!... ¡Como que tengo mucho más calor que antes! Me falta hasta la voz.. Bueno, hombre, sea usted prudente; cierre usted siquiera el balcón.....

.....

Miguel Sawa.



El Confesonario

PILAR PÉREZ

¡QUÉ voy á contar yo!... Si soy una chica muy formalita y muy callada, y sobre estas excelentes cualidades, tengo la de no tener nada «grave» que referir...

Claro está que yo he tenido alguno que otro pretendiente antes y después de ser artista. Antes, chiquitos muy aburguesados y muy formalitos, como yo, que me seguían á misa y en el paseo, y se hacían presentar en las reuniones á que concurría mi familia, deseosos de cambiar un «timo» conmigo.



PILAR PÉREZ

Primera tiple del teatro de Apolo.

Después... ¡Uy, después! Ni conservo las cartas, porque no soy coleccionista de nada, ni aunque las tuviera á mano las copiaría aquí, naturalmente. Pero, sí, sí, amiguitos míos de LA HOJA DE PARRA, he tenido mis pretendientes como cada quisque. ¿Viejos? ¿Jóvenes? Hubo de todo, esta es la verdad.

Pero ya, cuando me hice artista, formé juicio muy cabalito sobre mi situación y estoy dispuesta á no casarme por ahora que me distingue el público con su atención y con su aplauso.

Como saben todos los que me conocen, yo he estado para casarme, y no me casé.

Esta es quizás mi única «aventura» curiosa.

¿Mis gustos? ¿Mis aficiones? Amigo Gómez Hidalgo... Amigo Lezama... ¡La verdad es que son ustedes curiosos! Sobre hacernos á los artistas escribir, que ya constituye un suplicio, quieren ustedes que les escribamos nuestras intimidades. ¿Pero ustedes saben lo que pretenden, hijos míos?

Claro está que para un periodista hablar de ta! ó cual cosa y no excederse, es fácil por demás, porque, ¡qué diablo!, de eso viven ustedes y ese es su oficio. Pero ¡una pobre tiple metida en ta n difíciles andanzas!

Yo, la verdad, estoy segura de que comenzaba confesándoles á ustedes que me son más simpáticos los hombres de éste ó el otro pelo y me escurría y acababa diciendo algo que entraba de lleno en la jurisdicción del señor Fiscal. De modo que, para que yo cuente todo eso, tienen ustedes antes que sustituirme una noche, cantando en Apolo la jota de *La rabalera*. ¡Conque ustedes ve án si les conviene el trato!...

Pilar Pérez.

GUERRERITO

YO no sé por donde empezar. Porque yo, como todos, tengo mis historias que contar, y no una sola, sino tela cortada para hacer un libro, ó mejor dicho para «encuadernar» toda una edición de esas novelas tan alegres y tan simpáticas que escribe don Felipe Trigo.

De mozo, ya se sabe, todo es jarana y broma y disfrutar de las mujeres lo que se pueda.

Mi primera aventura—yo sabía ya lo que era el amor, pero en otro aspecto—mi primera ventura sería, ocurrió cabalmente el día en que por vez primera vestí el traje de luces y en el tiempo que medió precisamente, entre quitarme el vestido de paisano y ponerme el de torero.

Después... ¡que sé yo! Soltero uno y corriendo mundo por ahí, con «las cosas tan malas como están», que dicen los hombres formales, figúrense ustedes si se habrá aprovechado el tiempo.

Pero, ¡ha!... Me acuerdo ahora de una cosa que es curiosa. Verán ustedes...



ANTONIO GUERRERO

Viviendo yo en Sevilla, por el barrio de la Alhameda, conocí una chiquilla muy bonita y muy retrechera que me miraba «así», de malos modos, como invitándome á cualquier atrocidad.

A mí, claro está, me conocían en todo el barrio, y pronto empezó la gente á darse cuenta y á gastarme bromas.

Yo no sé cómo ni por qué fué. Pero vamos, á poco nos entendíamos la muchacha y yo.

Pasó así algún tiempo, no mucho, y de pronto todo el mundo comenzó á decir que si la chica estaba de tal ó cual manera, y que si qué se yo qué...

Ustedes conocerán el timito aquél de:

—*Y de la niña ¿qué?*
—*Pues de la niña ná.*

Bueno, pues de aquello vino. Decía la gente que la muchacha estaba «de tal modo»; pero pasó un mes, y otro, y otro, y más de los nueve reglamentarios, y la chica ná.

En el barrio estaba todo el mundo escandalizado, y en cuanto se encontraban en la calledos comadres, ya estaba. Decía una:

—Y de la niña ¿qué?

Y contestaba la otra:

—Pues de la niña, ná.

El timito cayó bien y se popularizó pronto en Sevilla y luego en toda España.

Y lo grande es que, que yo sepa á estas horas, y van algunos años, de la niña ná.

He sido hombre de buena boca. Me han gustado las mujeres de todas las hechuras, morenas, rubias, pelirrubias, todas...

Pero me han gustado tiempo pasado. Que ya me case y ahora tengo que ser bueno. No hace mucho tiempo me sosprendió mi mujer una correspondencia puramente sentimental, que yo tenía con una cierta dama, y ¡ay, Dios santo, la que se armó! Si me descuido me monda. Menos mal que se convenció, después de mucho tiempo de dudas y recriminaciones, de que la cosa no tenía importancia.

Se lo diré á ustedes en secreto, que pueden tomar como consejo los toreros solteros todavía:

Una mujer es mucho más de temer que un toro.

Antonio Guerrero

GUERRERITO

EL PECADO DE SOR JUANA

SOR Juana tuvo un mal pensamiento dejándose tentar por el demonio, no se sabe si en forma de capellán ó de hortelano, únicos hombres que traspasaban los umbrales del convento; pero el caso es que su pecado llegó á adquirir tales proporciones que fué imposible ocultarle á los ojos del resto de la Comunidad.

La Madre Abadesa agotó cuantos recursos divinos y humanos estaban á su alcance para evitar que las cosas pasasen á mayores, pues en cuanto tuvo conocimiento de la existencia del mal, propinó á la paciente buenas dosis de aguas calientes y otros remedios de los que nunca faltan en esas Santas Casas, amén de hacerle ingerir más píldoras que cuentas componen un rosario.

La farmacopea conventual falló por aquella vez.

La semilla con todo su vigor fecundante había caído en tierra fértil y echado tales raíces que la aseguraban la más completa maduración.

No se podía hacer otra cosa que ocultar el pecado á las miradas de fuera.

Y así se hizo en efecto, y en tales circunstancias llegó el instante de que las cosas volviesen á su ser y estado.

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

Las Madres no estaban muy duchas en aquellos menesteres, y Sor Juana experimentó una grave recaída después de echar al mundo una niña rubia como un panal.

La Providencia lavó la falta llamando á su seno á la pecadora, debidamente purificada con la intervención del Padre Capellán, quien dió las mayores seguridades de que el cielo se encontraba abierto de par en par para recibir aquella alma cuyos últimos instantes habían sido de una unción beatífica.

Aligerados de la impedimenta, que fué á morar para siempre junto á las tapias del trozo de jardín habilitado para cementerio, sólo había que pensar en la nueva Hermana que les enviaba el cielo.

¡Un alma salvaría á la otra!

¡Aquella niña vendría á borrar la falta de Sor Juana, su madre, siendo una monjita ejemplar!

El cielo, sabio en casi todos sus designios, lo había querido así. Era á modo de un milagro que pudiera servir de escarmiento para probables debilidades.

✠

Pasaron los años y la niña se iba educando en el más puro amor á Dios.

En la pila del bautismo se le había puesto el nombre de Bienvenida, en recuerdo á su nacimiento.

✠

Pasaron más años, veinte apenas, y la Bienvenida aquella era ya madre, pero no de la Orden.

Escapada del convento á poco de cumplir los quince, no se sabe con la complicidad de quién, llegó á ser la *divette* de moda, popularizando el alias de ***La Bella Pinguito.***

✠

Hasta el convento llegó la noticia del furor, y no místico, con que había salido la hija de la monja, perdiendo las Madres toda esperanza de volverla al redil.

Entonces se reunieron, acordando solemnemente dar de baja en el escalafón de las que habían muerto en olor de santidad, á la pobre Sor Juana.

Ricardo F. Blanco.

SONETO

Más podrido te ves que una manzana,
á pesar de tu edad, y es fuerte cosa
que á tu hermana le niegues para esposa
al que más cada vez su afecto gana.

Enfermizo y soñando en el mañana,
sin pensar si ha de ser ó no dichosa,
buscas un Creso de honradez dudosa
para la mártir de tu pobre hermana.

Tu cuerpo roen y tu sangre beben,
creyéndote un cadáver, los gusanos
que ya no evitas el que en tí se ceben...

¡Cuántos viejos verás fuertes y sanos
y jovenes también á quienes deben
inspirarles envidia los ancianos!

Gonzalo Cantó



Dice á la dama elegante
el conductor del tranvía:
—La bajada es por delante.
—Mil gracias; ya lo sabía.

LA LLUVIA SALVADORA...

«Lo que quiere la mujer, lo quiere Dios», dice un adagio.

Y yo añadiría: «Y lo que un hombre, enamorado de veras, necesita, Dios se lo da.»

Porque... ¡cuidado si el deseo de lograr los supremos bienes que ofrece el cariño de la muy Amada, exalta el entendimiento, asotila la imaginación y da pujanza y arrestos heroicos á la voluntad!—«¡Todo lo puede el amor!»—exclamaba filosóficamente en *La pata de cabra* el inolvidable Mariano Fernández. El amor, como la fe, remueve las montañas...

En Madrid, si bien de tarde en tarde, porque los madrileños hemos acordado que aquí, excepción hecha de algún crimen repugnante, no ha de suceder nada extraordinario, suelen ocurrir lances chistosísimos, inspirados por el espíritu burlón, aventurero y «rabelesco» del siglo, y que recuerdan una de esas invenciones que utilizan para sus sainetes los autores bufos.

No citaré nombres de lugares ni de personas, ¡guarda, Pablo!... Basta saber que Emilio Z. estaba enamorado de Josefina X., y que de ésta su marido, que es más celoso que un turco, no se separaba ni el negro de una uña.

Emilio y Josefina estaban desesperados; los medios que tenían para comunicarse iban escaseando.

Una de estas últimas noches, Emilio y Josefina habían podido cruzar algunas palabras en un antepalco del teatro Apolo.

—¿Cuándo nos veremos?—preguntó él.

—No lo sé.

—¿No ves la posibilidad de reunirnos en mucho tiempo?—preguntó Emilio que ya tenía su plan.

—No; nunca salgo sola, ya lo sabes; no me deja.

Pues bien—repuso Emilio—; mañana, á las dos en punto de la tarde, procura pasar por la calle de... Acera de los nones.

—¿Qué piensas hacer?

—Una diablura muy grande. Pero duerme tranquila, que nada malo ha de sucedernos, y procura ayudarme apoyando cuanto diga una mujer que ha de servirnos en este enredo de diablillo penate ó ángel protector.

—Bien, no pases cuidado; seré discreta...



ANTONIO M. VIÉRGOL

Ha triunfado y ha hecho poco en el teat o y en la Prensa. ¡Caballeros, lo que aún puede resultar de esa cabeza!

Al día siguiente, á la hora convenida, Josefina pasaba acompañada de su esposo por la calle que Emilio Z. la indicó. Este, que estaba acechándola desde un balcón, la vió en seguida.

—Carmen—dijo Emilio á una vieja que le acompañaba—preparémonos; ya están ahí.

—¿Quiénes son? ¿Aquella señorita tan guapa, quizás?...

—La misma. Procure usted hacer bien la puntería, á fin de no perder ni una gota.

Entonces la *señá* Carmen cogió un cubo lleno de agua que, oculto traía bajo el delantal, púsolo sobre la barandilla del balcón, y cuando Josefina y su marido llegaban, ¡zás!..., lo volcó de un solo golpe y con tan prodigioso tino, que la pobre muchacha recibió todo el chorro en el sombrero, quedando mojada de cabeza á pies. El esposo, como es lógico presumir, se puso hecho un energúmeno, y empezó á insultar á la autora del desaguisado.

—¡Estúpida, puerca!... ¿Cree usted que estas son horas de ponerse á regar las macetas? ¡Y, sobre todo, eso se hace con regadera, imbécil!...

Carmen procuraba disculparse; parecía muy asustada é imploraba el perdón de su falta juntando las manos.

—¡Tiene usted razón, señorito; pero no ha estado en mi mano evitar esa desgracia...

Y añadía dirigiéndose á Josefina:

—Suban ustedes, suban ustedes, y podrá usted arreglarse...

La joven, que había adivinado el plan de Emilio, apoyó la idea.

—Sí—dijo—subamos un momento, y si hay fuego me secaré los pies; los tengo empapados...

El marido accedió y subieron; Carmen salió á recibirles al rellano de la escalera, deshaciéndose en disculpas, casi llorando.

—Estoy sola—decía—; pueden ustedes permanecer aquí todo el tiempo que gusten; ésta es su casa. Si la señorita no tiene prisa puede vestirse una falda mía mientras la suya se seca. Vengan ustedes, pasaremos al gabinete...

—Lo que debías hacer—dijo Josefina á su marido—es irte á casa á traerme un traje... uno cualquiera, el que halles más á mano... ¿Quieres?

—Pero... ¿tú sabes lo lejos que estamos de casa?

—Y ¿qué importa?... toma un coche, y antes de una hora puedes estar aquí. Corre, no pierdas tiempo; considera que puedo atrapar una pulmonía...

El esposo, convencido, cogió su sombrero y se fué... Y mientras bajaba las escaleras como una exhalación, Emilio y Josefina, sentados delante del gran espejo del gabinete, se abrazaban y juntaban sus bocas, riendo.....

.....

Clemente de Castro

NOCHES GALANTES

I

Cuando el placer agota sus desmayos, y arranca
del silencio de tu éxtasis un suspiro de queja,
sólo sé del encanto de tus ojos, la blanca
paz, voluptuosa y mística que la pupila deja,
al buscar en no sé qué cielos la lejana
visión de algo ilusorio que tus sueños alegra.
Y así es más dulce el zumo de tus labios, gitana
y más hondas las simas de tus ojazos, negra.

En tu cuerpo gentil y airoso de manola
arde el sol y la sangre de la gracia española,
por el fuego sagrado de tu boca carmín.
Tu cuerpo hecho de carne sevillana y torera
con arranques de tango, desmayos de habanera
y ese gesto de audacia sensual del garrotín.

II

Bajo del sortilegio de tus largas pestañas,
en los lagos traidores de tus verdes pupilas,
las sonrisas se tienden apacibles, y engañas
porque son más crueles cuanto son más tranquilas.
Y tus labios bermejos, frescos como una flor,
que conspiran promesas de silencio y calma,



—¿Patinamos, Rafaelito?
—Luego; ahora me lo impiden los chanclos.

son rojos con mi sangre, frescos con mi dolor,
floridos, porque en ellos dejé prendida el alma.
No mientas ese tedio desdeñoso. Sí. Calla.
Ya sé que he de sufrir este sufrir canalla
de labios que resbalan por laberintos tersos.
Sobre tus opulencias secretas y armoniosas
deshojará, romántica, mi juventud sus rosas...
y moriré rimándote madrigales perversos.

J. Martínez Jerez.

RÁPIDA

(Bajo-relieve modernista.)

La luz lechosa de cabras de la mañana se filtraba á través de las cortinas iluminando mi alcoba (ustedes dispensen), y recordándome que á las ocho en punto vendría Laura á arrojarse por primera vez en mis brazos.

Yo vivía en el cuarto entresuelo de una casa de construcción moderna.

Me costaba el alquiler dieciocho duros.

Han pasado tres horas.

Las ocho. Suena la hora en un reloj moderno de veinticuatro cifras; suena el timbre, entra Laura, se quita el velo y el sombrero yse echa en mis brazos, como habíamos convenido.

Después nos miramos, cambiando en una mirada dos mundos de ideas confusas, de sentimientos transparentes, de deseos intraducibles; todo ello cosa de muy poca sustancia, pero muy poética.

Luego Laura se arrojó en mis brazos por segunda vez. La pobre no sabía más.

Tomamos asiento en un mueble moderno.

Y volvimos á mirarnos. El amor es monótono, aunque agradable.

¿Qué pasó en aquel momento por nuestros espíritus?...

No es esta la ocasión de averiguarlo; eso lo comprende cualquiera.

Mis manos aprisionaban las de Laura; nuestras frentes se tocaban, nuestras narices descansaban una en otra y recíprocamente, con la casta simetría que pone entre cuatro labios la distancia de dos narices.

A esta distancia, cerrando yo el ojo izquierdo, veía con el derecho el izquierdo de Laura grande como el de una vaca.

Y hermoso: eso no obsta.

Nuestros alientos se confundían y nuestros corazones latían fuertemente. Después de algunos instantes de hipnotismo moderno, pregunté con voz balbuciente;

—¿Y tu marido?

—Está durmiendo.

Flotaba en el ambiente algo como el presentimiento de una desgracia.

Laura, que aún no se había peinado, sacudió su cabellera, cuyos cabellos en desorden le formaron el artístico nimbo del amor, de la locura y del «me importa un higo seco».

Yo estaba también sin asear, recién salido del lecho, aderezado en mi propia salsa; amoroso, en una palabra.

El amor cepillado es enteco y bastardo: lo he dicho yo.

—¡Laura!

—¡Teodolindo!

—La industria moderna...

No pude continuar. La emoción me embargaba y á Laura le pasaba dos perras grandes de lo mismo.



—¡Calle usted, por Dios, caballero! Eso no lo dice ni LA HOJA DE PARRA.

.....

Se oyó un grito moderno.

¿Qué pasó entonces?

Nada. Este es un trabajo modernista.

F. Serrano de la Pedrosa

LA VALENTINA

Con todo el aire de una sultana
y convencida de que es divina,
vino á la Corte, de mala gana,
la Valentina,
la Valentina la valenciana.
Por admirarla, porque les diera
palique un rato, la gente toda
corrió las mesas de la horchatera
y puso en moda
la horchatería de la Carrera.
¡Y cuántas dulces proposiciones
la hicieron todos los que dejaban
presos en ella sus corazones,
mientras miraban
aquel conjunto de perfecciones!
A cualquier hora que allí se fuera
estaba llena la horchatería
de pretendientes siempre *en espera*,
pues la horchatera
amable á todos les atendía.
Cuando marchaba luciendo airosa
la pura gracia de sus andares,
tan arrogante, tan orgullosa,
estaba hermosa
como la Virgen en los altares.
Tuvo á sus plantas muchos millones,
ricas alhajas, blondas, encajes,
de amor ardientes proposiciones,
trenes, carruajes,
dichas sin cuento, lujo á montones.
Mas todo en vano... Nadie lograba
hacerse el dueño de sus favores,
y parecía que se burlaba
y despreciaba
los más apuestos adoradores...
Por fin se dijo que alguien había
rendido el pecho de la horchatera
y su orgullosa coquetería...
¡No se sabía
quién tal conquista lograr pudiera!
Ni los amigos, ni los curiosos,
ni los que á diario la atosigaban,
ni los muchísimos envidiosos
saber lograban
el nombre odiado por los celosos.

.....

.....

¡Y no es extraño! ¿Quién lo adivina?
Si nadie hubiera jamás creído,
viendo sus aires de soberana,
¡que era un mal *pinche* de la cocina
el preferido...
el preferido por Valentina
la valenciana!...

José Juan Cadenas.

LA GOYA Y BOMBITA

Una carta de «ella»

Amigo Gómez-Hidalgo:

Si no existiese yo en este mundo, sería usted la calamidad más grande de Madrid.

¿No le han enviado á usted nunca dos *bofetás* por correo? *Pos* ahí van.

¿Conque me caso? ¡Y yo sin saber nada! Pero cuidado que es usted malito. ¿No comprende usted, hijo de mi *arma*, que si tal fuese verdad, el primero que lo sabría sería usted?

Por ahora, amigo mío, no hay coletas suficientes en el mundo para hacerme abandonar las tablas.

Y usted... Usted da crédito á esos rumores. ¿Pues no recuerda que conté en mi articulillo de LA HOJA DE PARRA que había dejado de casarme para dedicarme al teatro?

¿Y cree usted fácil que habiendo empezado con tan buena suerte, deje las tablas ahora, cuando casi casi estoy camino de conseguir el ideal? Cá, hombre, cá; por ahora hay Goya para rato.

Pero de todos modos conste mi promesa de que si algún día pienso en el matrimonio el primero á quien se lo diré será á usted. ¡Palabra!

Aquí he gustado á rabiar, y (fuera modestia) cada día soy más ovacionada. El viernes 1.º salgo para San Sebastián, donde trabajaré en el Teatro Principal, alternando en los intermedios con la compañía de Lara.

Como verá, esto progresa. Yo estoy que no me cabe el cuerpo en el pellejo, como suele decirse.

Pero, á pesar de estos triunfos, siempre le recuerda con afecto sincero y le quiere su amiga,

La Goya.

Gijón, 27.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid